

# La femme juste sale de paseo

**Por Rodrigo Fresán**

La cosa fue así: Gustave Flaubert reunió a sus amigos para leerles –quien según uno de ellos "modulaba, cantaba, salmodjaba"– el manuscrito de su primera versión de *La tentation de Saint Antoine.*

"¡Si no dan gritos de entusiasmo es que nada puede conmoverlos!", les advirtió Flaubert.

Era mediados de setiembre de 1849, el asunto llevó cuatro jornadas, cada una de ellas dividida en sesiones de cuatro horas y, al final, el veredicto fue unánime.

Quien pronunció el fallo –por pedido de los otros– es el mesurado Louis Bouilhet quien, se supone, tendría tacto y cautela.

"Nuestra opinión es que debes echarlo al fuego y no volver a hablar jamás de eso."

Los otros, intentando ser más prácticos, le recomiendan dedicarse a temas menos "difusos" y "más banales, de esos que abundan en la vida burguesa".

Flaubert, más vencido que convencido, dicen, gimió: "No será fácil, pero lo intentaré".

Entonces alguien recordó un escándalo regional sucedido no hacía mucho y conocido en todo Rouen; algo relativo a una adúltera de nombre Delphine Delamare.

Flaubert piensa que no puede existir trama más vulgar que ésa y se pone a escribir más impulsado por la venganza que por el placer una novela plagada de lugares comunes del melodrama ("Me gusta mucho que *Madame Bovary* pueda leerse como una colección de tópicos..., me encantan las coincidencias folletinescas de la novela", escribe Mario Vargas Llosa en su libro de ensayo *La orgía perpetua: Flaubert y Madame Bovary*) que enseguida se convierte en libro único y obsesión que lo consume durante cuatro años, siete meses y once días.

La idea es alcanzar la perfección formal y narrativa a partir de una historia de una rebelde e irritante enamorada que con los años sería reescrita hasta la saciedad por telenovelas y películas.

*Madame Bovary* (objeto de escándalo y juicio al ser publicada por primera vez en entregas, en 1856, en las páginas de la *Revue de Paris*) no sólo se convirtió y sigue siendo un modelo de la forma novelística sino que es evidencia incontestable a la hora de justificar el lanzarse a la aventura de la flaubertiana persecución y hallazgo de *la mot juste* a la vez que una advertencia de los peligros por los que puede pasar un autor identificado hasta la muerte con su personaje.

*"Madame Bovary c'est moi"*, dijo Flaubert.

Y, después de leerla, también lo somos nosotros.

No estoy seguro de que esto sea del todo bueno.

En las páginas que siguen se invita a un pecador paseo en coche junto a la ilusa Emma Bovary y el estudiante de leyes León. Uno de esos coches que por esos días, a partir de la publicación de la novela de Flaubert, comenzaron a ser conocidos como *bovarys* y así Flaubert no sólo inventa la novela moderna sino la moderna costumbre de hacerlo en movimiento.

León recorría gravemente la iglesia siguiendo las paredes. Nunca le había parecido tan buena la vida. La mujer que esperaba iba a llegar en seguida, deliciosa, jadeante.

# Madame Bovary

**Por Gusave Flaubert**

Era una hermosa mañana de verano. Relucía la plata en las tiendas de los orfebres, y la luz que caía oblicuamente sobre la catedral hacía espejear la fractura de las piedras grises; una compañía de pájaros revoloteaba en el cielo, en torno a los campaniles trilobulados; la plaza, resonante de gritos, olía a flores que bordeaban el pavimento, rosas, jazmines, claveles, narcisos y tuberosas, desigualmente espaciadas por verdes húmedos, yerba de gato y álsine para los pájaros; en medio gorgoteaba la fuente y bajo grandes paraguas, entre pirámides de melones, los vendedores, con la cabeza descubierta, envolvían en papel ramilletes de violetas.

El joven compró uno. Era la primera vez que compraba flores para una mujer, y al olerlas, el pecho se le inflaba de orgullo, como si aquel homenaje que él destinaba a otra persona se volviera hacia él.

Pero tenía miedo de que le vieran; entró resueltamente en la iglesia.

El suizo estaba en el umbral, en medio del pórtico de la izquierda, debajo de la *Marianne dansant*, plumero en la cabeza, espadín en la pierna, bastón en la mano, más majestuoso que un cardenal y reluciente como un copón. Se adelantó hacia León y, con esa sonrisa de benignidad meliflua que toman los eclesiásticos cuando interrogaban a los niños:

–¿El señor no debe de ser de aquí? ¿Desea el señor ver las curiosidades de la iglesia?

–No –dijo el otro.

Y dio la vuelta a las naves. Después volvió a mirar a la plaza. Emma no llegaba. Subió de nuevo hasta el coro.

La nave se miraba en las benditeras colmadas, con el arranque de las ojivas y algunas partes de vidriera. Pero el reflejo de las pinturas, quebrándose en el borde del mármol, seguía más lejos sobre las losas, como una alfombra policroma. La clara luz del exterior se alargaba en la iglesia en tres rayos enormes por las tres puertas abiertas. De vez en cuando, al fondo, pasaba un sacristán haciendo ante el altar la oblicua genuflexión de los devotos apresurados. Pendían inmóviles las arañas de cristal. En el coro ardía una lámpara de plata; y en las capillas laterales salían a veces de las partes oscuras de la iglesia como exhalaciones de suspiros, con el sonido de una reja que caía, repercutiendo su eco bajo las altas bóvedas.

León recorría gravemente la iglesia siguiendo las paredes. Nunca le había parecido tan buena la vida. La mujer que esperaba iba a llegar en seguida, deliciosa, jadeante, espiando detrás de ella las miradas que la seguían, y con su vestido de volantes, sus impertinentes de oro, sus botinas finísimas, con toda clase de elegancias que él no había probado y con la inefable seducción de la virtud que sucumbe. La iglesia se disponía en torno a ella como un camarín gigantesco; se inclinaban las bóvedas para recibir en la sombra la confesión de su amor; resplandecían las vidrieras para iluminar su rostro, y los incensarios iban a arder para que ella apareciera como un ángel, en el humo de los perfumes.

Pero no llegaba. León se instaló en una silla y sus ojos se fijaron en una vidriera azul donde se ven unos bateleros con unos canastillos. La miró mucho tiempo atentamente, contando las escamas de los peces y los ojales de los jubones, mientras su pensamiento deambulaba buscando a Emma.

El suizo, a cierta distancia, se indignaba interiormente contra aquel individuo que se permitía admirar él solo la catedral. Le parecía que se comportaba de una manera monstruosa, que le estaba robando en cierto modo y que casi cometía un sacrilegio.

Pero un frufrú de seda sobre las losas, el borde de un sombrero, un collar negro... ¡Era ella! León se levantó y corrió a su encuentro.

Emma estaba pálida. Caminaba de prisa.

–¡Lea esto! –le dijo tendiéndole un papel–. ¡Oh, no!

Y retiró bruscamente la mano para entrar en la capilla de la Virgen, donde, arrodillándose contra una silla, se puso a rezar. Al joven le irritó esta fantasía mojigata; pero en seguida encontró cierto encanto en verla, en medio de la cita, así perdida en la oración como una marquesa andaluza; mas no tardó en cansarse, pues Emma no acababa.

Rezaba, o más bien intentaba rezar, esperando que le bajara del cielo alguna resolución súbita; y para impetrar el socorro divino se llenaba los ojos con los esplendores del tabernáculo, aspiraba el perfume de las julianas blancas que lucían en los grandes jarrones, y prestaba oído al silencio de la iglesia, que no hacía sino acrecer el tumulto de su corazón.

Se levantó, e iban ya a marcharse, cuando se les acercó vivamente el suizo diciéndoles:

–La señora no debe de ser de aquí. ¿Desea la señora ver las curiosidades de la iglesia?

–¡No! –exclamó el pasante.

–¿Por qué no? –dijo Emma.

Pues se agarraba con su virtud tambaleante a la Virgen, a las esculturas, a las tumbas, a todas las ocasiones.

Entonces el suizo, para proceder *con orden*, los condujo a la entrada, junto a la plaza, y allí, señalándoles con el bastón un gran círculo de losas negras, sin inscripciones ni cinceladuras, se arrancó majestuosamente:

–Vean los señores la circunferencia de la gran campana de Amboise. Pesaba cuarenta mil libras. No había otra como ella en toda Europa. El obrero que la fundió murió de alegría...

–Vámonos –dijo León.

El bueno del hombre se puso en marcha; luego, nuevamente en la capilla de la Virgen, extendió los brazos en un gesto sintético de demostración, y, más orgulloso que un propietario campesino mostrando sus espaldares:

–Esta sencilla losa cubre a Pierre de Brézé, señor de la Varenne y de Brissac, gran mariscal de Poitou y gobernador de Normandía, muerto en la batalla de Montlhéry el 16 de julio de 1465.

León, mordiéndose los labios, golpeaba el suelo con los pies.

–Y a la derecha, ese gentilhombre todo acorazado de hierro, montando un caballo que se encabrita, es su nieto Louis de Brézé, señor de Bréval y de Montchauvet, conde de Maulevrier, barón de Mauny, chambelán del rey, caballero de la orden y asimismo gobernador de Normandía, muerto el 23 de julio de 1531, un domingo, como reza la inscripción; y debajo, ese hombre que se dispone a descender a la tumba representa exactamente al mismo. Ya ven, señores, que no es posible una representación más perfecta de la nada.

Madame Bovary cogió sus impertinentes.

El coche volvió a arrancar y, dejándose llevar hacia abajo desde el cruce La Fayette, entró al galope en la estación del ferrocarril.

León recorría gravemente la iglesia siguiendo las paredes. Nunca le había parecido tan buena la vida. La mujer que esperaba iba a llegar en seguida, deliciosa, jadeante.

# Madame Bovary

**Por Gusave Flaubert**

Era una hermosa mañana de verano. Relucía la plata en las tiendas de los orfebres, y la luz que caía oblicuamente sobre la catedral hacía espejear la fractura de las piedras grises; una compañía de pájaros revoloteaba en el cielo, en torno a los campaniles trilobulados; la plaza, resonante de gritos, olía a flores que bordeaban el pavimento, rosas, jazmines, claveles, narcisos y tuberosas, desigualmente espaciadas por verdes húmedos, yerba de gato y álsine para los pájaros; en medio gorgoteaba la fuente y bajo grandes paraguas, entre pirámides de melones, los vendedores, con la cabeza descubierta, envolvían en papel ramilletes de violetas.

El joven compró uno. Era la primera vez que compraba flores para una mujer, y al olerlas, el pecho se le inflaba de orgullo, como si aquel homenaje que él destinaba a otra persona se volviera hacia él.

Pero tenía miedo de que le vieran; entró resueltamente en la iglesia.

El suizo estaba en el umbral, en medio del pórtico de la izquierda, debajo de la *Marianne dansant*, plumero en la cabeza, espadín en la pierna, bastón en la mano, más majestuoso que un cardenal y reluciente como un copón. Se adelantó hacia León y, con esa sonrisa de benignidad meliflua que toman los eclesiásticos cuando interrogaban a los niños:

–¿El señor no debe de ser de aquí? ¿Desea el señor ver las curiosidades de la iglesia?

–No –dijo el otro.

Y dio la vuelta a las naves. Después volvió a mirar a la plaza. Emma no llegaba. Subió de nuevo hasta el coro.

La nave se miraba en las benditeras colmadas, con el arranque de las ojivas y algunas partes de vidriera. Pero el reflejo de las pinturas, quebrándose en el borde del mármol, seguía más lejos sobre las losas, como una alfombra policroma. La clara luz del exterior se alargaba en la iglesia en tres rayos enormes por las tres puertas abiertas. De vez en cuando, al fondo, pasaba un sacristán haciendo ante el altar la oblicua genuflexión de los devotos apresurados. Pendían inmóviles las arañas de cristal. En el coro ardía una lámpara de plata; y en las capillas laterales salían a veces de las partes oscuras de la iglesia como exhalaciones de suspiros, con el sonido de una reja que caía, repercutiendo su eco bajo las altas bóvedas.

León recorría gravemente la iglesia siguiendo las paredes. Nunca le había parecido tan buena la vida. La mujer que esperaba iba a llegar en seguida, deliciosa, jadeante, espiando detrás de ella las miradas que la seguían, y con su vestido de volantes, sus impertinentes de oro, sus botinas finísimas, con toda clase de elegancias que él no había probado y con la inefable seducción de la virtud que sucumbe. La iglesia se disponía en torno a ella como un camarín gigantesco; se inclinaban las bóvedas para recibir en la sombra la confesión de su amor; resplandecían las vidrieras para iluminar su rostro, y los incensarios iban a arder para que ella apareciera como un ángel, en el humo de los perfumes.

Pero no llegaba. León se instaló en una silla y sus ojos se fijaron en una vidriera azul donde se ven unos bateleros con unos canastillos. La miró mucho tiempo atentamente, contando las escamas de los peces y los ojales de los jubones, mientras su pensamiento deambulaba buscando a Emma.

El suizo, a cierta distancia, se indignaba interiormente contra aquel individuo que se permitía admirar él solo la catedral. Le parecía que se comportaba de una manera monstruosa, que le estaba robando en cierto modo y que casi cometía un sacrilegio.

Pero un frufrú de seda sobre las losas, el borde de un sombrero, un collar negro... ¡Era ella! León se levantó y corrió a su encuentro.

Emma estaba pálida. Caminaba de prisa.

–¡Lea esto! –le dijo tendiéndole un papel–. ¡Oh, no!

Y retiró bruscamente la mano para entrar en la capilla de la Virgen, donde, arrodillándose contra una silla, se puso a rezar. Al joven le irritó esta fantasía mojigata; pero en seguida encontró cierto encanto en verla, en medio de la cita, así perdida en la oración como una marquesa andaluza; mas no tardó en cansarse, pues Emma no acababa.

Rezaba, o más bien intentaba rezar, esperando que le bajara del cielo alguna resolución súbita; y para impetrar el socorro divino se llenaba los ojos con los esplendores del tabernáculo, aspiraba el perfume de las julianas blancas que lucían en los grandes jarrones, y prestaba oído al silencio de la iglesia, que no hacía sino acrecer el tumulto de su corazón.

El coche volvió a arrancar y, dejándose llevar hacia abajo desde el cruce La Fayette, entró al galope en la estación del ferrocarril.

Se levantó, e iban ya a marcharse, cuando se les acercó vivamente el suizo diciéndoles:

–La señora no debe de ser de aquí. ¿Desea la señora ver las curiosidades de la iglesia?

–¡No! –exclamó el pasante.

–¿Por qué no? –dijo Emma.

Pues se agarraba con su virtud tambaleante a la Virgen, a las esculturas, a las tumbas, a todas las ocasiones.

Entonces el suizo, para proceder *con orden*, los condujo a la entrada, junto a la plaza, y allí, señalándoles con el bastón un gran círculo de losas negras, sin inscripciones ni cinceladuras, se arrancó majestuosamente:

–Vean los señores la circunferencia de la gran campana de Amboise. Pesaba cuarenta mil libras. No había otra como ella en toda Europa. El obrero que la fundió murió de alegría...

–Vámonos –dijo León.

El bueno del hombre se puso en marcha; luego, nuevamente en la capilla de la Virgen, extendió los brazos en un gesto sintético de demostración, y, más orgulloso que un propietario campesino mostrando sus espaldares:

–Esta sencilla losa cubre a Pierre de Brézé, señor de la Varenne y de Brissac, gran mariscal de Poitou y gobernador de Normandía, muerto en la batalla de Montlhéry el 16 de julio de 1465.

León, mordiéndose los labios, golpeaba el suelo con los pies.

–Y a la derecha, ese gentilhombre todo acorazado de hierro, montando un caballo que se encabrita, es su nieto Louis de Brézé, señor de Bréval y de Montchauvet, conde de Maulevrier, barón de Mauny, chambelán del rey, caballero de la orden y asimismo gobernador de Normandía, muerto el 23 de julio de 1531, un domingo, como reza la inscripción; y debajo, ese hombre que se dispone a descender a la tumba representa exactamente al mismo. Ya ven, señores, que no es posible una representación más perfecta de la nada.

Madame Bovary cogió sus impertinentes. León, inmóvil, la miraba, sin intentar siquiera decir una sola palabra más, hacer un solo gesto: tan desanimado se sentía ante aquella doble resolución de charlatanería y de indiferencia.

El eterno guía continuaba:

–Junto a él, esa mujer arrodillada que está llorando es su esposa, Diane de Poitiers, condesa de Brézé, duquesa de Valentinois, nacida en 1499, muerta en 1566; y a la izquierda, la que lleva un niño, es la santísima Virgen. Ahora miren a este lado: ahí tienen los sepulcros de Amboise. Los dos fueron cardenales y arzobispos de Ruán. Este era un ministro del rey Luis XII. Hizo mucho bien a la catedral. En su testamento dejó treinta mil escudos de oro para los pobres.

Y, sin detenerse un momento y sin dejar de hablar, los llevó a una capilla llena de balaustradas, apartó algunas y descubrió una especie de bloque que muy bien podía haber sido una estatua mal hecha.

–En otro tiempo decoraba –dijo con un largo gemido– la tumba de Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra y duque de Normandía. Fueron los calvinistas, señor, quienes nos la redujeron a este estado. Por maldad lo enterraron bajo la sede episcopal de Monseñor. Vean la puerta por donde Monseñor entra en su habitación. Pasemos ahora a ver las vidrieras de la Gárgola.

Pero León sacó vivamente del bolsillo una moneda blanca y cogió a Emma por el brazo. El suizo se quedó estupefacto, sin comprender aquella munificencia intempestiva, cuando al forastero le quedaban todavía tantas cosas que ver.

Y le llamó:

–¡Eh, caballero! ¡La flecha, la flecha!...

–Gracias –dijo León.

–¡Hace mal el señor! Tiene cuatrocientos cuarenta pies, nueve menos que la gran pirámide de Egipto. Es toda de hierro colado, es...

León huía, pues le parecía que su amor, que llevaba casi dos horas inmovilizado en la iglesia como las piedras, iba ahora a evaporarse como el humo por aquella especie de tubo truncado, de jaula oblonga, de chimenea calada, que tan grotescamente se lanza sobre la catedral, como extravagante intento de un calderero caprichoso.

–Pero ¿a dónde vamos? –preguntaba Emma.

León, sin contestar, seguía andando con paso rápido, y madame Bovary mojaba ya los dedos en agua bendita, cuando oyeron tras ellos una fuerte respiración jadeante, regularmente entrecortada por los golpes de un bastón. León miró hacia atrás.

–¡Caballero!

–¿Qué?

Y reconoció al suizo llevando bajo el brazo y manteniendo en equilibrio contra el vientre algo así como una veintena de grandes volúmenes encuadernados. Eran las obras *que trataban de la catedral.*

–¡Imbécil! –gruñó León lanzándose fuera de la iglesia.

En la plaza jugueteaba un chicuelo.

–¡Ve a buscarme un coche de punto!

El niño salió corriendo como una exhalación por la Rue des Quatre-Vents; se quedaron solos unos minutos, frente a frente y un poco azorados.

–¡Ah León!... ¡Verdaderamente... no sé... si debo...!

Melindrosa primero, grave después:

–Eso no se hace, ¿sabe?

–¿Por qué? –replicó el pasante–. ¡En París sí se hace!

Y esta palabra la decidió como un irresistible argumento.

A todo esto no llegaba el coche. León tenía miedo de que Emma volviera a entrar en la iglesia. Por fin llegó.

–¡Por lo menos salgan por el pórtico del norte! –les gritó el suizo, que permanecía en la entrada de la iglesia–. Así verán la *Resurrección*, el *Juicio Final*, el *Paraíso*, el *Rey David* y los *Réprobos* en las llamas del infierno.

–¿A dónde va el señor? –preguntó el cochero.

–¡A donde usted quiera! –dijo León metiendo a Emma en el coche.

Y la pesada máquina se puso en marcha.

Bajó por la Rue Grand-Pont, atravesó la Place des Arts, el Quai Napoleón, el Pont Neuf y se paró en seco ante la estatua de Pierre Corneille.

–¡Siga! –dijo una voz que salía del interior.

El coche volvió a arrancar y, dejándose llevar hacia abajo desde el cruce La Fayette, entró al galope en la estación del ferrocarril.

–¡No, siga derecho! –gritó la misma voz.

El coche salió de las verjas y en seguida, llegado al paseo, trotó despacio entre los grandes olmos. El cochero se enjugó la frente, se puso entre las piernas el sombrero de cuero y llevó el coche fuera de las bocacalles, a la orilla del agua, bordeando el césped.

Siguió a lo largo del río, por el camino de sirga pavimentado de piedras redondas, y, durante mucho tiempo, por la parte de Oyssel, pasadas las islas. Pero de pronto se lanzó de un tirón a través de Quatremares, Sotteville, la Grande-Chausée, la Rue d'Elbeuf, y se paró, por tercera vez, ante el Jardin des Plantes.

–¡He dicho que siga! –exclamó la voz más furiosamente.

Y, reanudando la carrera, el coche pasó por Saint-Sever, por el Quai des Curandiers, por el Quai aux Meules, otra vez por el puente, por la Place du Champ-de-Mars y por detrás de los jardines del hospicio, donde unos viejos vestidos de negro se paseaban al sol en una terraza toda verdecida de yedra. Subió por el Boulevard Bouvreuil, recorrió el Boulevard Cauchoise, después todo el Mont-Riboudet hasta la cuesta de Deville.

Volvió atrás, y entonces, sin plan ni dirección, al azar, deambuló. Se le vio en Saint-Pol, en Lescure, en el monte Gargan, en Rouge-Mare y en la Place du Gaillard-bois; Rue Maladreire, Rue Dinanderie, delante de Saint-Romain, Saint-Vivien, Saint-Marclou, Saint-Nicaise –delante de la Aduana–, en la Basse-Vieille-Tour, en Trois-Pipes y en el Cimetière Monumental. De vez en cuando el cochero, en su pescante, echaba miradas desesperadas a las tabernas. No comprendía qué furia de locomoción impulsaba a aquellos individuos a no querer pararse. A veces probaba, e inmediatamente oía detrás de él unas exclamaciones de cólera. Entonces arreaba fuerte a sus dos pencos bañados en sudor, pero sin cuidarse de los baches, tropezando acá y allá, no le importaba nada, desmoralizado como estaba y casi llorando de sed, de cansancio y de tristeza.

Y en el puerto, entre camiones y barricas, y en las calles, en las esquinas, los burgueses abrían unos grandes ojos pasmados ante aquella cosa tan extraordinaria en provincias, un coche con las cortinillas echadas y que reaparecía así continuamente, más cerrado que una tumba y tambaleándose como un barco.

Una vez, en mitad del día, en pleno campo, cuando el sol pegaba fuerte en los viejos faroles plateados, salió una mano desnuda por debajo de las cortinillas de lona amarilla y tiró unos pedacitos de papel, que se dispersaron al viento y, más lejos, cayeron como mariposas blancas sobre un campo de tréboles rojos en flor.

Por fin, hacia las seis, el coche se detuvo en una callecita del barrio Beauvoisine, y se apeó de él una mujer que, bajado el velo, echó a andar sin volver la cabeza.

De *Madame Bovary* (Círculo de Lectores) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

ary



León, inmóvil, la miraba, sin intentar siquiera decir una sola palabra más, hacer un solo gesto: tan desanimado se sentía ante aquella doble resolución de charlatanería y de indiferencia.

El eterno guía continuaba:

–Junto a él, esa mujer arrodillada que está llorando es su esposa, Diane de Poitiers, condesa de Brézé, duquesa de Valentinois, nacida en 1499, muerta en 1566; y a la izquierda, la que lleva un niño, es la santísima Virgen. Ahora miren a este lado: ahí tienen los sepulcros de Amboise. Los dos fueron cardenales y arzobispos de Ruán. Este era un ministro del rey Luis XII. Hizo mucho bien a la catedral. En su testamento dejó treinta mil escudos de oro para los pobres.

Y, sin detenerse un momento y sin dejar de hablar, los llevó a una capilla llena de balaustradas, apartó algunas y descubrió una especie de bloque que muy bien podía haber sido una estatua mal hecha.

–En otro tiempo decoraba –dijo con un largo gemido– la tumba de Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra y duque de Normandía. Fueron los calvinistas, señor, quienes nos la redujeron a este estado. Por maldad lo enterraron bajo la sede episcopal de Monseñor. Vean la puerta por donde Monseñor entra en su habitación. Pasemos ahora a ver las vidrieras de la Gárgola.

Pero León sacó vivamente del bolsillo una moneda blanca y cogió a Emma por el brazo. El suizo se quedó estupefacto, sin comprender aquella munificencia intempestiva, cuando al forastero le quedaban todavía tantas cosas que ver.

Y le llamó:

–¡Eh, caballero! ¡La flecha, la flecha!...

–Gracias –dijo León.

–¡Hace mal el señor! Tiene cuatrocientos cuarenta pies, nueve menos que la gran pirámide de Egipto. Es toda de hierro colado, es...

León huía, pues le parecía que su amor, que llevaba casi dos horas inmovilizado en la iglesia como las piedras, iba ahora a evaporarse como el humo por aquella especie de tubo truncado, de jaula oblonga, de chimenea calada, que tan grotescamente se lanza sobre la catedral, como extravagante intento de un calderero caprichoso.

–Pero ¿a dónde vamos? –preguntaba Emma.

León, sin contestar, seguía andando con paso rápido, y madame Bovary mojaba ya los dedos en agua bendita, cuando oyeron tras ellos una fuerte respiración jadeante, regularmente entrecortada por los golpes de un bastón. León miró hacia atrás.

–¡Caballero!

–¿Qué?

Y reconoció al suizo llevando bajo el brazo y manteniendo en equilibrio contra el vientre algo así como una veintena de grandes volúmenes encuadernados. Eran las obras *que trataban de la catedral.*

–¡Imbécil! –gruñó León lanzándose fuera de la iglesia.

En la plaza jugueteaba un chicuelo.

–¡Ve a buscarme un coche de punto!

El niño salió corriendo como una exhalación por la Rue des Quatre-Vents; se quedaron solos unos minutos, frente a frente y un poco azorados.

–¡Ah León!... ¡Verdaderamente... no sé... si debo...!

Melindrosa primero, grave después:

–Eso no se hace, ¿sabe?

–¿Por qué? –replicó el pasante–. ¡En París sí se hace!

Y esta palabra la decidió como un irresistible argumento.

A todo esto no llegaba el coche. León tenía miedo de que Emma volviera a entrar en la iglesia. Por fin llegó.

–¡Por lo menos salgan por el pórtico del norte! –les gritó el suizo, que permanecía en la entrada de la iglesia–. Así verán la *Resurrección*, el *Juicio Final*, el *Paraíso*, el *Rey David* y los *Réprobos* en las llamas del infierno.

–¿A dónde va el señor? –preguntó el cochero.

–¡A donde usted quiera! –dijo León metiendo a Emma en el coche.

Y la pesada máquina se puso en marcha.

Bajó por la Rue Grand-Pont, atravesó la Place des Arts, el Quai Napoleón, el Pont Neuf y se paró en seco ante la estatua de Pierre Corneille.

–¡Siga! –dijo una voz que salía del interior.

El coche volvió a arrancar y, dejándose llevar hacia abajo desde el cruce La Fayette, entró al galope en la estación del ferrocarril.

–¡No, siga derecho! –gritó la misma voz.

El coche salió de las verjas y en seguida, llegado al paseo, trotó despacio entre los grandes olmos. El cochero se enjugó la frente, se puso entre las piernas el sombrero de cuero y llevó el coche fuera de las bocacalles, a la orilla del agua, bordeando el césped.

Siguió a lo largo del río, por el camino de sirga pavimentado de piedras redondas, y, durante mucho tiempo, por la parte de Oyssel, pasadas las islas. Pero de pronto se lanzó de un tirón a través de Quatremares, Sotteville, la Grande-Chausée, la Rue d'Elbeuf, y se paró, por tercera vez, ante el Jardin des Plantes.

–¡He dicho que siga! –exclamó la voz más furiosamente.

Y, reanudando la carrera, el coche pasó por Saint-Sever, por el Quai des Curandiers, por el Quai aux Meules, otra vez por el puente, por la Place du Champ-de-Mars y por detrás de los jardines del hospicio, donde unos viejos vestidos de negro se paseaban al sol en una terraza toda verdecida de yedra. Subió por el Boulevard Bouvreuil, recorrió el Boulevard Cauchoise, después todo el Mont-Riboudet hasta la cuesta de Deville.

Volvió atrás, y entonces, sin plan ni dirección, al azar, deambuló. Se le vio en Saint-Pol, en Lescure, en el monte Gargan, en Rouge-Mare y en la Place du Gaillard-bois; Rue Maladreire, Rue Dinanderie, delante de Saint-Romain, Saint-Vivien, Saint-Marclou, Saint-Nicaise –delante de la Aduana–, en la Basse-Vieille-Tour, en Trois-Pipes y en el Cimetière Monumental. De vez en cuando el cochero, en su pescante, echaba miradas desesperadas a las tabernas. No comprendía qué furia de locomoción impulsaba a aquellos individuos a no querer pararse. A veces probaba, e inmediatamente oía detrás de él unas exclamaciones de cólera. Entonces arreaba fuerte a sus dos pencos bañados en sudor, pero sin cuidarse de los baches, tropezando acá y allá, no le importaba nada, desmoralizado como estaba y casi llorando de sed, de cansancio y de tristeza.

Y en el puerto, entre camiones y barricas, y en las calles, en las esquinas, los burgueses abrían unos grandes ojos pasmados ante aquella cosa tan extraordinaria en provincias, un coche con las cortinillas echadas y que reaparecía así continuamente, más cerrado que una tumba y tambaleándose como un barco.

Una vez, en mitad del día, en pleno campo, cuando el sol pegaba fuerte en los viejos faroles plateados, salió una mano desnuda por debajo de las cortinillas de lona amarilla y tiró unos pedacitos de papel, que se dispersaron al viento y, más lejos, cayeron como mariposas blancas sobre un campo de tréboles rojos en flor.

Por fin, hacia las seis, el coche se detuvo en una callecita del barrio Beauvoisine, y se apeó de él una mujer que, bajado el velo, echó a andar sin volver la cabeza.

De *Madame Bovary* (Círculo de Lectores) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

## proverbio francés

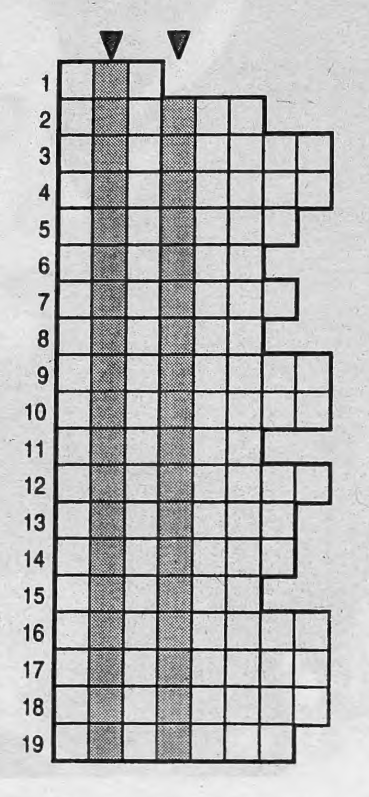
*Encuentre las palabras definidas, ayudándose con la lista de sílabas que figura al pie, y escríbalas en el esquema. Al terminar podrá leer, en las columnas señaladas, un proverbio del país de Robespierre y la Renault.*

### DEFINICIONES

1. Cerveza ligera inglesa.
2. Hacer tantos en el fútbol.
3. Vaporizar.
4. Perrito de pelo largo.
5. Depósito de armas y municiones.
6. Tradicional marca de prendas deportivas de las "tres tiras".
7. Cavidad profunda en la tierra.
8. Ulises, según Homero.
9. Que recibe.
10. Inflamación de las articulaciones.
11. Retomar.
12. Del infierno.
13. Oscuro, tenebroso.
14. Figurativamente, austero.
15. Diversión.
16. Persona que pertenece a una parroquia.
17. Da de mamar.
18. Oblongo.
19. Prefacio.

**LAS PALABRAS SE FORMAN CON ESTAS SILABAS**

a, a, a, a, ar, ar, ar, bre, ca, cep, co, das, di, di, do, e, es, fe, fer, fies, go, go, go, grés, in, le, le, li, lo, ló, ma, man, na, nal, nal, nés, o, O, pai, pe, po, pró, qui, rar, re, sa, se, se, ta, ta, tis, tói, tor, tri, va, ver, ver, vol.

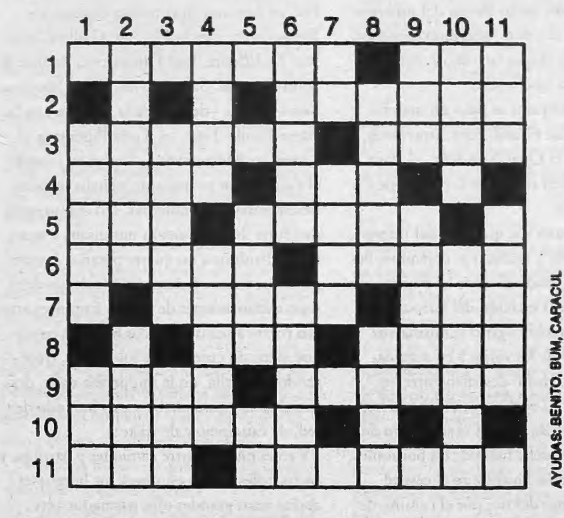


## cruci-clip

Anote las palabras siguiendo las flechas.

Definiciones del esquema: ELEMENTO DE LOS SERES VIVOS; CRIBA PARA AVENTAR EL TRIGO; MUY EXTENDIDOS, MUY GRANDES; RÍO QUE NACE EN EL TIROL; PERFORACIÓN; NATIVOS DE RUSIA; SANASES; PENSAR, MEDITAR; LISO, PLANO; EPOCAS HISTÓRICAS; ASCETA ESPIRITUAL HINDÚ; AGRAVIADA, LASTIMADA; UTILIZAR; QUE ULTRAJA (FEM.); PERJUDICIAL PARA LA SALUD; QUE NO CAUSA DOLOR; LOS QUE ESTÁN AHÍ; ANHELAR; LLENARÉ UN ESPACIO; CAUDILLO, JEFE; IJADA; MAMÍFEROS PLANTÍGRADOS; AGRIO; TORTA AMERICANA DE MAÍZ; CIUDAD DEL SUR DE LA INDIA; (JUAN ... JIMÉNEZ) ESCRITOR ESPAÑOL; MANIFESTÓ CON PALABRAS; DIOS DE LOS ASIRIOS; GARANTÍA; CORTA EL PELO AL RAS; AVE PARLANCHINA; ANTIGUO REINO ASIÁTICO; ARMARIO PARA LA ROPA; SUMINISTRÓ, PROVEYÓ; EN HEBREO, ASÍ SEA.

## crucigrama



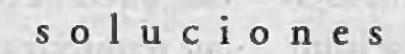
AYUDAS: BENITO, BUM, CARACUL

### HORIZONTALES

1. Piel parecida al astracán./ Abreviatura de "óptica".
2. Pasta de tallarines dispuesta en masitas irregulares (pl.).
3. Benedictino./ Estado de los EE.UU.
4. Sufijo: profesión (pl.)./ (Eugenio) Escritor francés autor de "El judío errante".
5. Lago de Asia./ Cavidad para cocer algo.
6. Escojo, opto./ (Carl) Astrónomo autor del didáctico libro "Cosmos".
7. De oro./ Radio Nacional de España.
8. Unidad de dosis absorbida de radiación ionizante./ Hongo muy pequeño.
9. Sepultura, cavidad./ Elevases por medio de una cuerda.
10. Capital del Líbano.
11. Instituto Nacional de Previsión./ Que rasa.

### VERTICALES

1. ("Torre de ...") Confusión, caos./ Servicio de inteligencia norteamericano.
2. Arbol betuláceo de gran talla./ Cortan menudamente con los dientes.
3. Sufijo que significa "ley"./ Sociedad Interamericana de Prensa.
4. Vértebra cervical./ Prometer.
5. Período de sesenta minutos./ Patria de Abraham.
6. Que tiene las uñas demasiado largas./ Publica y pone a la venta la obra de un escritor.
7. Artículo neutro./ Persona grande y peluda.
8. Flauta indígena de caña./ Mezcla para hacer el pan.
9. En inglés, fuera de juego./ Seres fabulosos que se comen a los niños.
10. Emitir su voz las aves./ Deseo vehemente.
11. Telefonía sin hilos./ De cobre o bronce (pl.).



## soluciones

### proverbio francés

Proverbio francés
"Lo verdadero no siempre puede ser verosímil."

1. ALE / 2. GOLEAR / 3. EVAPORAR / 4. PEQUINES / 5. ARSENAL / 6. ADIDAS / 7. CAVERNA / 8. ODISEO / 9. RECEPTOR / 10. ARTRITIS / 11. VOLVER / 12. INFERNAL / 13. LOBREGO / 14. ESTOICO / 15. FIESTA / 16. FELIGRES / 17. AMAMANTA / 18. APAISADO / 19. PROLOGO.

### cruci-clip



### crucigrama

